300 pesos

SEPTIEMBRE 15 DE 1998 **NÚMERO 7**

KABUYA

En la lucha ideológica es absolutamente necesario emplear el arma de la crítica

A finales del siglo XX y ya en los umbrales del XXI, muchos de nuestros intelectuales contemplan abismados la galopante marcha del capitalismo en todo el globo y el papel que en ella desempeñan los medios de comunicación, y les parece estar frente a una situación económico-social y cultural nueva por completo, que los apabulla al tiempo que los deslumbra. Han acuñado el término posmodernidad para denominarla, a la vez que consideran que ninguna de las teorías existentes son suficientes para dar cuenta de lo que ocurre; mientras tanto, tocan clarines de muerte, no sólo para la historia, sino también para las categorías trascendentes, las ideologías y aquellos que nombran como metarrelatos o grandes narrativas, queriendo sepultarlos, en especial al marxismo, para aparentar que sus concepciones son del todo novedosas.

Las condiciones de hoy, en las que las fuerzas materiales capitalistas les semejan cataclismos devastadores que todo lo aplastan, los avasallan y se confiesan incapaces para controlarlas, refugiándose en los vastos campos del pensamiento, en los que ellos mismos denominan con los conceptos de universos simbólicos y, a veces, mundos posibles. La cultura cobra un peso y una importancia cada día mayores en sus consideraciones y forjan nuevos conceptos para tratar de seguir sus huellas y de comprender sus caminos, que creen inéditos.

LA AÑEJA NOVEDAD DEL POSMODERNISMO

(El Manifiesto Comunista y el Posmodernismo)

Aún así, pese a sus rimbombantes y estruendosas baterías conceptuales, sus mentes están obnubiladas y ante sus ojos todas las cosas tienen la apariencia de haberse confundido e interpenetrado para siempre, borrándose las especificidades y diferencias que permitían establecer los límites entre ellas y definir sus identidades. Así ocurre con las clases, las ideologías y las culturas. Los campos que antes parecían distintamente nítidos, ahora se les antojan mezclados en una confusión indescriptible que pareciera conducir a la completa homogenización de todo a través de los caminos de la globalización, la mundialización y la transnacionalización.

En la noche de oscuridad y silencio que ha caído sobre ellos, las únicas luces que parecen alumbrarlos no se encienden en el mundo exterior, en la sociedad, sino que estallan aquí y allá, fugaces, pasajeras, dentro de sí mismos, en sus cerebros agobiados. Por ello persisten en refugiar su vivir en los mundos imaginados e imaginarios que crean en sus delirios empavorecidos, en las construcciones de nuevos sentidos, posmodernidad avestruciana que hoy reina por doquier, nueva acometida del idealismo más reaccionario. De ahí que no importe, para ellos, que todavía retumben —aunque un tanto asordinadas— las voces que hace siglo y medio reconocieron y todavía hacen reconocibles, comprendieron y todavía hacen comprensibles las condiciones del mundo de hoy, substancialmente el mismo que vieron y previeron desde entonces. Como si carecieran de oidos, simplemente no las escuchan.

Como han perdido la memoria histórica, nada "recuerdan" de las anticipadoras palabras que sobre el desborde global del sistema capitalista escribieron los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels, en especial en aquella obra cuyo 150 aniversario de aparición celebramos en este año, el Manifiesto del Partido Comunista:

"Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero... Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes" (Carlos Marx y Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1965, p. 37).

Esta necesidad de expansión, sin la cual el crecimiento del capitalismo se estancaría al no poder conseguir la realización de la plusvalía, ni nuevas fuentes de materias primas, ni mano de obra barata, ni mantener y acelerar la corriente de la circulación del capital y la de su rotación, no es un elemento accesorio o circunstancial de la producción burguesa, al contrario, constituye una de sus características esenciales. Es sabido cómo esta peculiaridad estuvo en la base del surgimiento del sistema colonialista mundial, la primera forma que asumió el carácter expansionista del capital en su camino globalizador al engarzar en una unidad los continentes:

"El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, exclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos *factores fundamentales* en el movimiento de la *acumulación originaria.* Tras ellos, pisando sus huellas, viene la *guerra comercial* de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero" (Carlos Marx, El Capital, tomo 1, 3ª ed., F.C.E., México, 1964, p. 638, énfasis de Marx).

Pero esta creación de un sistema productivo y un mercado mundiales rompe también con el aislamiento, con las particularidades locales y nacionales en otros campos de la vida social, y va creando e imponiendo un carácter globalizante que busca la homogeneidad del mundo bajo la égida de la burguesía y de acuerdo con su modelo y sus necesidades:

"Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dió un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de

los reccionarios, ha quitado a la industria su base nacional.

"Las antiguas industrias nacionales han sido destruídas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas

necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos" (Manifiesto...., p. 37).

Hace siglo y medio se avizoraba ya, tras las primeras formas de concentración del capital, esa transnacionalización de la producción en manos de grandes trusts monopolistas, que alcanzó un alto nivel a comienzos de este siglo con la ruptura que significó el advenimiento del imperialismo y que ahora aparece ante la visión del posmodernismo como si fuera una novedad nunca antes vista. Este sistema de organización del capital no afectó sólo la elaboración de las mercancías, sino que llevó a la aparición y creación de nuevas y crecientes necesidades y, por lo tanto, de los productos para satisfacerlas, impactando significativamente los modos de vida de las poblaciones que fueron involucradas. Hasta los más alejados lugares del mundo fueron conectados unos con otros, y lo siguen siendo, por los tentáculos de la burguesía, originándose un intercambio y una interdependencia universales que abarcan a todos los países y que se extienden a todas las esferas de la vida social y no únicamente al mundo de la economía:

"En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal" (Manifiesto..., pp. 37-38).

Otros ven la novedad de la situación posmoderna en un campo que no se centra esencialmente en el proceso industrial de elaboración de las mercancías, sino que, al contrario, se realiza en el campo de los medios de comunicación. Olvidando que son las empresas capitalistas de conquista, colonización e imperialización las que enlazan primordialmente y en primer lugar al mundo entero, piensan que son la televisión, la Internet, los satélites, etc., etc. los sujetos que han hecho del planeta una "aldea global" y que avanzan en la creación de una cultura mundial, que rompe y arrasa con la diversidad cultural; y ven en esta circunstancia la especificidad de la condición del globo a finales del siglo XX. Pero no es así, hace ya siglo y medio que Marx y Engels entrevieron este papel de los medios de comunicación en la transnacionalización del mundo y de la cultura, pero también que ellos seguirían siendo sólo eso, medios al servicio de la producción burguesa. Para que ésta sea posible a escala planetaria, el orbe entero debe ser transformado por la burguesía, cual moderno dios, a su imagen y semejanza:

"Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza" (Manifiesto..., p. 38, subrayado mío).

Tampoco es el desarrollo gigantesco de las ciudades con su masiva concentración de la población en ellas, monstruoso mercado cautivo conformado por millones de millones de consumidores, ni la invasión de los últimos resquicios de la tierra y del hombre aún no colonizados, lo que caracteriza la condición novedosa del mundo de hoy. En la época de Marx y Engels ya comenzaba a desarrollarse una situación en la que:

"La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente" (Manifiesto..., p. 38).

Pero es necesario decir lo que el posmodernismo calla, que la transnacio-nalización del mundo no es uniforme, que no significa que todos los países avanzan en camino hacia un capitalismo de pleno desarrollo, vía en la que simplemente unos estarían más cerca que otros de alcanzar la meta; al contrario, con ella, el mundo se ha jerarquizado vertical y radicalmente y, al menos en este momento, llamarla más bien norteamericanización del mundo resulta mucho más adecuado a la realidad; y esto es válido no sólo al nivel de la producción material, sino también en el campo de la cultura, en el campo intelectual, aunque por supuesto, como ya ha ocurrido en el pasado dando origen a dos guerras mundiales por el reparto del mundo, también ahora los Estados Unidos de América se ven obligados a competir por las áreas de influencia, especialmente con el Japón y con la Unión Europea.

> Es claro, entonces, que el imperialismo ha dividido el globo en dos grandes campos: un puñado de países imperialistas, encabezados por los Estados Unidos de América, y de empresas transnacionales que en virtud de la apropiación privada del capital moran en ellos, y el resto del mundo, cuyos países son objeto de la explotación más voraz y de la dominación más cruel por parte de las grandes metrópolis capitalistas, que exprimen al máximo sus recursos y reprimen brutalmente a sus pueblos cuando se levantan para tratar de dar un vuelco a su situación. Mientras los primeros son los usufructuarios de esta internacionalización del mundo, los segundos son sus víctimas, que precisan levantarse para destruir al capitalismo imperialista.

En este accionar, la función de los bancos, del capital financiero, se hace cada vez más importante, produciendo una gigantesca concentración del capital. Hoy, este papel se ejerce cada vez con mayor fuerza, plegando los estados nacionales a sus designios o, como se da en forma creciente en la actualidad, pasando por encima de ellos, disminuyendo su importancia y su poder, con lo cual se va alcanzando aquella situación que Marx consideró también como una característica del modo de producción capitalista, en el cual la coacción que mantiene la dominación de la burguesía y obliga a los trabajadores a vincularse fatalmente a la producción capitalista es cada día más directamente económica. Además, se acentúa la fusión en gran escala de los bancos con las empresas directamente productivas, es decir, la fusión del capital financiero con el industrial, llegando a altísimos niveles de concentración del capital.

> Asistimos, pues, no al advenimiento de un nuevo mundo posmoderno, sino a la plena realización de aquel capitalismo que en su etapa imperialista caracteriza a lo que los "nuevos" teóricos llaman la modernidad. Si miramos la situación actual luego de la restauración del capitalismo en los países de lo que fue el campo socialista y vemos las cosas desde esta perpectiva, y sólo desde ella, el período del desarrollo del socialismo en un conjunto de países, que se inició con la Revolución de Octubre en la Rusia zarista, además de todo lo que implica como experiencia para los revolucionarios y de lo que representa como herencia revolucionaria para los pueblos, ha dado paso, tras una ardua y prolongada lucha en la que el socialismo fue derrotado temporalmente, a la implantación del capitalismo en todo el orbe. La construcción socialista creó condiciones materiales —desarrollo de las fuerzas productivas, elevación del nivel de vida del pueblo dotándolo de una capacidad de consumo que permite su incorporación masiva al mercado, por ejemplo— e ideológicas —como el revisionismo, entre otras— que han hecho posible la implantación plena del capitalismo, con sus crisis, miserias y desastres, en países que hasta el momento del triunfo revolucionario eran de capitalismo incipiente, como Rusia, o colonias, como China, por ejemplo.

Pero lo que esto significa no es que haya terminado la época de la revolucion proletaria que vaticinaron los autores del Manifiesto, sino, al contrario, que se afianza aún más la necesidad de que ésta tenga un alcance mundial, que sea internacional, que los pueblos de los diversos países se unan para derrocar a la burguesía en todo el orbe, con el proletariado a la cabeza, y dando comienzo a su tarea revolucionaria golpeándola primero en sus países respectivos.

EL PLANETA DE LOS SIMIOS [1]

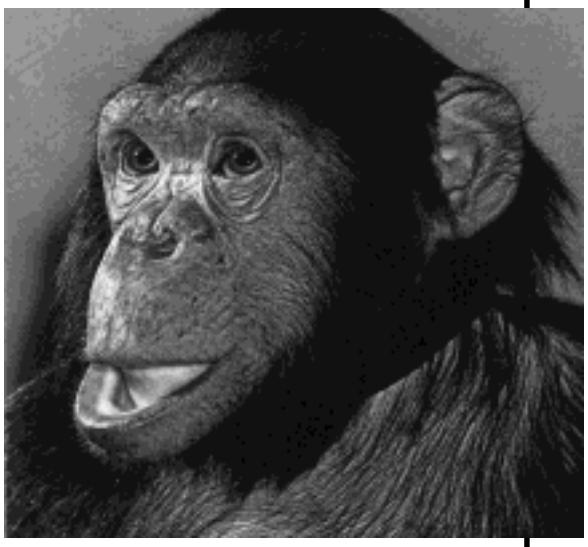
Ya hace algún tiempo que vivo en este planeta y desde entonces son tantas las cosas vistas, escuchadas, olidas, gustadas, sentidas y soñadas, que en combate contra el olvido y otros males innombrables (y nombrables) tengo que contárselas aquí, aun sabiendo que el espacio disponible apenas si me alcanza para empezar a mostrarles aquello que tanto llamó mi atención.

En su galaxia, el planeta de los simios es el planeta verde; hermosos árboles se alzan imponentes sobre los extensos prados que lo cubren todo. De entre los árboles emergen los "inmaculados" templos de los simios, construcciones cúbicas en donde llevan a cabo los ritos que les permiten evolucionar en su carrera hacia la vacanidad.

LOS RITOS

A ciertas horas, los simios se reúnen en los templos para orar por el alma de las vacas antiguas, sus antepasados, quienes a través de las sagradas escrituras les transmiten su profunda (o, "¿profunda?") sabiduría; estos ritos se llevan a cabo bajo la dirección de las vacas, quienes, como supondrán, son los habitantes más respetados del planeta y tan admiradas que para muchos son sagradas.

Aunque los códices sagrados establecen un horario y una determinada cantidad de tiempo para la duración de las ceremonias, raras veces son obedecidos, porque no siempre las vacas están dispuestas física, mental y espiritualmente para entrar en trance; de modo que cuando las vacas se van a sus retiros espirituales (para llenarse de tranquilidad y sabiduría, por supuesto), los ritos deben aplazarse; cosa similar ocurre cuando pasan demasiado tiempo en el mundo de los sueños intentando descubrir su destino; entonces, aunque sí llevan a cabo los ritos, estos empiezan tarde y duran mucho menos tiempo del previsto. Por supuesto, las vacas son sagradas; ningún simio, salvo extrañísimos casos de valentía (o de locura), se atreve a hacer reclamo alguno a las vacas por sus continuas ausencias y retardos.



Aunque no hay unidad en el contenido de las oraciones ni en el de las sagradas escrituras (todo depende de la vaca antepasada a la que se esté orando), lo cierto es que sí hay unidad entre los simios para responder con el mismo fervor y con la misma fe ante las enseñanzas que reciben; tanta es la fe que profesan, que la herejía no es una actitud común entre ellos, especialmente entre aquellos que aspiran a llegar al estado supremo de vacanidad, de tal modo que es muy fácil para las vacas realizar sus ritos; las interrupciones son mínimas, cuando no inexistentes.

LA METAMORFOSIS

Al principio son sólo esas molestas peladuras en las rodillas; luego viene un intenso dolor de espalda que no los deja enderezarse y, finalmente, se hallan convertidos en borregos, como la oruga que sale del capullo convertida en cucarrón. Tal es el extraño fenómeno que acaece a casi todos los simios de este planeta; tal parece que se trata de un paso intermedio necesario hacia la vacanidad, algo así como la borreguidad. He descubierto que tiene mucho que ver con la poca inclinación que tienen los simios hacia la herejía, el cuestionamiento o a cualquier otra reacción contra el orden establecido; supongo que esa es la razón por la cual la gran mayoría de los simios no se inclinan en esa dirección: interrumpiría su camino hacia la vacanidad, ¿o será que se puede llegar a la vacanidad sin pasar por la borreguidad?

CONTINUARA.....

[1] La única relación con la película del mismo nombre es el título; cualquier otro parecido es pura coincidencia.

¡NO CREA!

A PROPOSITO DEL ENCUENTRO COLOMBIA CREA

Durante la primera semana de agosto, última del gobierno de Samper, el Ministerio de Cultura celebró en Bogotá la fase final del programa COLOMBIA CREA, con un encuentro de realizadores de actividades culturales, individuales y grupales, que llegaron de todo el país y que fueron seleccionados en encuentros regionales que tuvieron lugar desde el año pasado.

Para muchos, el programa CREA muestra que por fin el gobierno está reconociendo y promoviendo la cultura popular y a sus creadores, avanzando en programas de recuperación cultural y dando pasos firmes en la "búsqueda de nuestras raíces", las de nuestra cultura nacional y nuestra nación. Es bueno, entonces, hacer algunas reflexiones al respecto para ver si es verdad tanta belleza.

Todavía no hace mucho tiempo que en Colombia se consideraba que la cultura era la de las clases dominantes de la sociedad: la música clásica y la opera, los grandes artistas (en especial los pintores), los escritores de talla (sobre todo los poetas), etc., es decir, aquellas manifestaciones relacionadas con las llamadas bellas artes y por supuesto, la mayor parte de ellas de origen extranjero. Idea que se recoge aún parcialmente en la reciente Ley de Cultura.

Por su parte, los antropólogos, en especial aquellos de influencia norteamericana, han definido la cultura refiriéndose a la totalidad de las obras creadas por hombre a lo largo de su historia, tanto materiales como espirituales. Esta incluye, entonces, sus relaciones económicas y sociales, sus sistemas productivos y formas de organización, sus herramientas de trabajo, sus viviendas, sus ropas, los productos de su actividad, pero también sus ideas y concepciones acerca de la realidad, sus usos y costumbres (como se suele decir ahora), sus anhelos, y, por supuesto, sus producciones artísticas, sus bailes y sus cantos, sus relatos, etc., etc. Se dice que la cultura es el modo de vida de un pueblo.

Entre nosotros, la idea de cultura se ha desarrollado en los últimos años moviéndose entre estos dos extremos; sobre esta base se ha ido dando su reconocimiento por parte de algunas instituciones del estado, pero igualmente por parte de mucha otra gente, incluyendo amplios sectores populares.

Así mismo, poco a poco, algunos sectores de la sociedad han ido extendiendo el concepto de cultura a los resultados de la actividad creadora del pueblo, aunque en general la siguen mirando en forma muy restringida, limitada casi exclusivamente hacia lo que está relacionado con lo artístico: los cantos y danzas, los cuentos, poemas y tradición oral, las artesanías, el teatro; también han cobijado como cultura las comidas "típicas", los vestidos "típicos" y muchos otros elementos semejantes. Pero este reconocimiento de la creación popular se hace bajo el concepto de folclor, diferenciándolo de la cultura propiamente dicha y ubicándolo en un grado inferior de calidad, de valor y de importancia.

Cosa parecida ocurre con el llamado patrimonio cultural, el cual se define abarcando únicamente los elementos que se consideran "importantes" y "significativos" de acuerdo con los criterios de las instituciones estatales o de las clases dirigentes de la sociedad: las viviendas antiguas construídas por los grandes arquitectos de acuerdo con los modelos europeos (en especial ingleses y franceses) y en forma más reciente con los norteamericanos, los edificios públicos que se consideran vinculados con los hechos de la historia, las obras de arte, los monumentos, etc. También se han incluído en él los restos materiales de las sociedades aborígenes hoy desaparecidas, que son recuperados por la arqueología y llevados a los museos, en donde se exhiben con una orientación y una significación que dista mucho de aquellas que les dieron sus creadores.

En este proceso de reconocimiento restringido de la cultura del pueblo hay que señalar el sentido que se le otorga, a qué se le llama reconocer o recuperar la cultura popular, significado que orienta las actividades con las que se busca lograr esos cometidos, como la del CREA. Se trata de buscar "talentos" y de recoger las manifestaciones que se consideran artísticas y convertirlas primordialmente en espectáculos, en algo para presenciar, para ver y oir, mientras las condiciones, las formas de vida y los problemas de los grupos sociales que las originan permanecen en la sombra y no se los reconoce; el espectador permanece ajeno a estas situaciones conflictivas por ocultamiento.

Otro sentido que se da a estas formas de reconocimiento de elementos de la cultura popular es el de que en ellos están nuestras raíces, se trata del "encuentro de nuestras raíces". Pero este planteamiento no es real, no da origen a políticas y actividades sociales y culturales que los potencien y que hagan que realmente vitalicen nuestras formas de vida, den origen a nuevos retoños para el desarrollo de una cultura nacional popular específica y vigorosa, que pueda contrarrestar la invasión cultural que ahora vivimos, en especial a través de los medios de comunicación; ni siquiera se busca revitalizar su papel en las sociedades y grupos que los han producido. Por ejemplo, al tiempo que se hacen espectáculo cultural las danzas y cantos de los rituales indígenas, se observa en forma indiferente cómo estas mismas actividades desaparecen en las

Banco arhuaco

B anco "creado" por diseñador profesional

comunidades, o aun se estimula su pérdida; se presencia impasible cómo la mayor parte de sus miembros permanecen ajenos y sin interés ante los grupos que los "rescatan y montan" para exhibirlos ante públicos que nada saben de su significación propia.

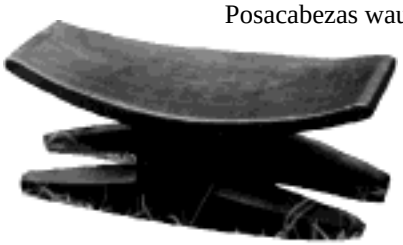
Además, otros aspectos de la vida de la gente y que también constituyen cultura no se tienen en cuenta, y con eso pasan desapercibidos tanto para los espectadores como para los integrantes de los grupos sociales mismos, quienes terminan convencidos de que la creación y uso de la cultura es algo de unas pocas personas con intereses y capacidades especiales: los miembros de los "grupos culturales". Se impulsa, así sea sólo por omisión, la idea de que únicamente los "números", los "actos", las "obras" que se incluyen en los encuentros CREA son cultura y que sus intérpretes son los únicos creadores de cultura dentro de sus grupos de origen.

Pero hay más aún. Estas actividades, por la forma en que se recogen, se trabajan y se preparan para su presentación en los encuentros, van siendo descontextualizadas, separadas del conjunto de la cultura y despojadas poco a poco de la significación que tienen en la vida social de los grupos en que han surgido; esto es tanto más notable en el caso de los indígenas, muchos de cuyos rituales se transforman en danzas y cantos para presentar en los encuentros cuando, inclusive, ya no se practican en las comunidades o, por lo menos, muchos de quienes los recuperan para CREA no participan en ellos y no aceptan las concepciones que los fundamentan. Se desconoce así la idea de que la cultura es un sistema, en el cual todos sus elementos están relacionados y jerarquizados de algún modo, de manera que ninguno de ellos puede cumplir su papel ni se lo puede comprender si se lo aisla de los demás, si se lo saca de ese conjunto, o si se ignoran sus determinaciones.

Pero también entre los campesinos y pobladores urbanos se desarrollan fenómenos de este tipo; y se conservan, como si fueran piezas de museo, "expresiones culturales" que ya han desaparecido casi por completo de la vida de la gente. Este folclor, estas cosas típicas, ya no lo son realmente y más bien constituyen un ambiente artificial y postizo que nada tiene que ver con la vida cotidiana de sus portadores. Ya no son cultura, en el sentido preciso del término, pues la cultura siempre es algo vivo para la gente que la produce y utiliza.

En el caso de los indígenas, este proceso de corte y separación que exige el CREA todavía es difícil de realizar y choca claramente con su realidad. De ahí que en sus "presentaciones" incluyan formas culturales que están ligadas con los cantos y las danzas y que constituyen su contexto, pese a que claramente no cumplen con los requerimientos para ser espectáculo. Los paeces, que "muestran" todo el trabajo de "diagnóstico" que hacen los te'wala y luego el proceso de la limpieza para curar, junto con la utilización de las plantas correspondientes, y que obliga a los coordinadores del espectáculo a dar la orden de abreviar y terminar porque se hace cansón e incomprensible para el público, son un buen ejemplo de lo que ocurre. Igual sucede con los wayuu, que interpretan la danza yonna sin poderla arrancar del contexto de la "pedida de mano" de una mujer casadera, y en el cual se reproduce todo el proceso de intervención del palabrero como intermediario entre el tío de la muchacha y la familia del pretendiente en la tarea de establecer el tipo y cantidad de los bienes que la familia de la novia debe recibir, todo ello en lengua wayuu naiki y, por lo tanto, sin que los espectadores puedan seguir y comprender de qué se trata.

Posacabezas waunaan



Silla "creada" por diseñador profesional a partir de la waunaan

En la preparación para la presentación de los trabajos se observa cómo el criterio del espectáculo, de la vistosidad, prima sobre los demás aspectos. Se procura que la representación se vea bien, salga bonita y atraiga al público. El mexicano García Canclini ha llamado a este fenómeno la estetización de la cultura popular, y hace parte del proceso de su apropiación y uso por las clases dirigentes; se la acepta porque se considera bella, pero no hay ninguna preocupación por su significado ni por los problemas de la vida de los grupos sociales en donde se origina. En ese sentido, se trata de un falso reconocimiento que, en la práctica, es en realidad una forma de expropiación de lo popular por parte de los sectores institucionales y de las clases dominantes de la sociedad.

Cosa semejante sucede con las artesanías, objetos que inicialmente son cosas de utilidad para sus fabricantes y los grupos sociales a los que pertenecen, que satisfacen sus necesidades y se elaboran con esa finalidad. Convertidos en productos para un mercado, se separan de sus condiciones de fabricación, uso y sentido, y adquieren otra vida, otras utilidades, casi siempre de tipo estético, en manos de quienes los adquieren; se convierten en objetos para adornar, que se compran y exhiben porque se consideran bonitos. En cambio, es corriente que en sus sitios de origen la gente haya abandonado su uso, habiéndolos reemplazado por productos de fuera que adquieren en el mercado. Así pudo observarse en el "Salón de los Objetos" del encuentro CREA, en donde los productos materiales fueron presentados a la manera como lo hace un almacén de artesanías, aislados por completo de su uso y significación, mientras que los artesanos y demás fabricantes que se hicieron presentes para traer sus productos fueron ignorados y minusvalorados, al punto que muchos de ellos consideraron que se los había maltratado como personas.

Asistimos hoy a un verdadero bombardeo cultural dirigido a través de los medios de comunicación y con el propósito final de homogeneizar a la sociedad dentro de los parámetros de una cultura globalizada, mundial, cuyos cimientos y finalidades no corresponden a nuestras necesidades y condiciones como pueblo, sino a los dictados e intereses del capitalismo internacional. La revitalización de muchas de nuestras manifestaciones culturales, tan diversas, su apropiación por parte de los diferentes sectores sociales, en especial aquellos populares, como una parte fundamental de sus vidas, son una de las opciones posibles para resistir esa presión imperialista, vivir y crecer de una manera propia, con el desarrollo de una cultura nacional popular constituida por la articulación de las culturas locales y regionales, y lograr que nuestro país llegue a ser algún día una sociedad con autonomía e identidad propia.

Para lograrlo, se haría necesaria la consideración y consolidación de todas estas actividades que el CREA ha recogido, no sólo en el encuentro nacional sino también en los regionales, como partes integrales de culturas, de las formas de vida de los grupos sociales que las producen. Encuentros como éste podrían llegar a ser el cimiento primero para una especie de diagnóstico del "estado de la cuestión" de la creación cultural popular; y sobre esta base se podría diseñar una política que implicara un proceso de estudio, discusión y confrontación, no sólo con sus creadores o sus cultores, sino en lo fundamental con los grupos sociales a los que pertenecen, con la finalidad de analizar sus funciones y sus significados en la vida cotidiana, para mirar su vigencia de acuerdo con las condiciones de hoy y/o las posibilidades de resignificación, es decir, si precisan y pueden recibir funciones, valores y contenidos nuevos.

Así sería posible emprender un largo de trabajo de recuperación y difusión, de enraizamiento, de dinamización cultural en dichos grupos para que realmente estos elementos adquieran vida nueva entre ellos. De otra manera, seguirán siendo espectáculo coyuntural, potenciado desde fuera de los grupos sociales por las entidades estatales, que benefician ocasionalmente a unos pocos y que, en la realidad, constituyen especies de museos en donde se conservan elementos que fueron cultura, pero que ya no lo son o están dejando de serlo para siempre. Por supuesto, esta última es la orientación de la política estatal al respecto y no podría ser de otra manera en una sociedad de clases como la nuestra, en la cual el estado no es de ningún modo el representante y garante de los intereses populares, sino el vehículo con el que las clases dominantes buscan apropiarse de la producción material e intelectual popular para su propio beneficio.

RESPUESTA

NAZIM HIKMET
Poeta turco revolucionario, 1902-1963, pasó la mayor parte de su vida en la cárcel como consecuencia de su lucha.

Este muro,
este muro vuestro
poco nos importa, poco.
El origen de nuestra fuerza
no está en la vaga promesa de un místico,
ni en un sueño cualquiera que incendia el alma.
Procede únicamente
de ese galope de la historia
imposible de detener.
Los que intentan oponerse a nosotros
se oponen también
a las leyes seculares
del movimiento de la materia,
de la sociedad en marcha.
No existe pausa, sino movimiento:
si el hoy desemboca en el mañana,
el mañana derriba al hoy
y todo sin cesar sigue avanzando
avanzando
avanzando.
Nosotros, héroes de hoy,
somos los pregoneros
del mañana.

Somos el rumor
de esa corriente
que corre sin parar
y reconstruye
lo que acaba de arrasar.

Nosotros
somos los que acomodan su paso al paso de la historia,
los que pisotean el imperialismo que se derrumba,
los que edifican
el mañana.

Aquel muro,
aquel muro vuestro,
poco nos importa, poco.